

ELOGIO DEL ESPAÑOL DE TODOS LOS RUMBOS

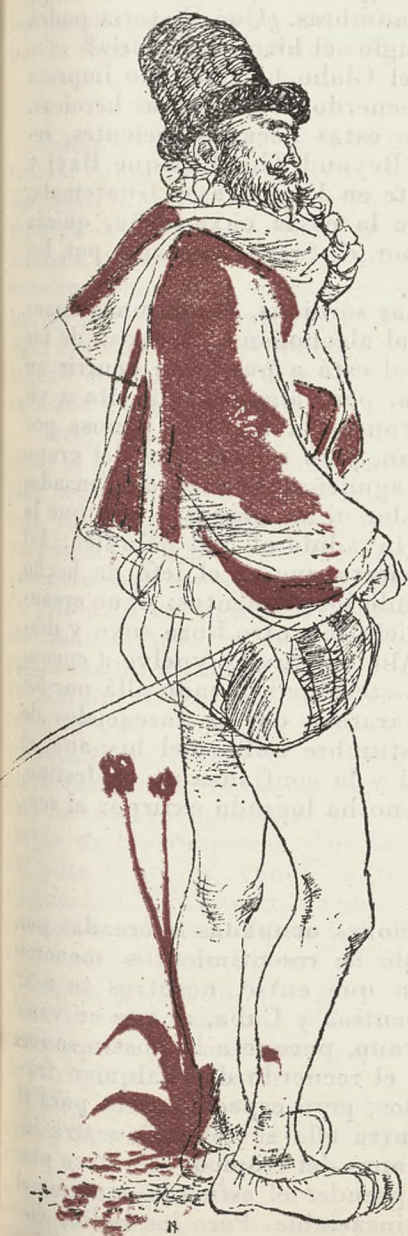
POR

JOSE VASCONCELOS

LES precedió la leyenda. Siglos antes Quetzalcoatl se había marchado, pero dijo que volvería. Su ausencia dejó a los pueblos de América entregados a la desolación. Había fracasado el Bien. La reforma de las costumbres no había podido vencer. A Quetzalcoatl le faltó la fuerza y se ausentó; fué a traer la fuerza y ahora llegaba con ella. Se presentó Quetzalcoatl sobre un extraño monstruo: el caballo. En la diestra empuña un arma que lanza el fuego de la muerte a voluntad; pero sólo la usa contra el que quiere destruirlo.

A los hombres de bien les sonrío. Al hombre de a caballo le llamaron *acatzopin*; *gachupín*. Guerrea y vence, pero no quiere que se sacrifique al vencido. Su voluntad está dirigida por la inteligencia del político que levanta a los oprimidos y los pone a pelear contra el opresor; para imponerse cuenta con la técnica de una civilización que con la pólvora inicia su señorío sobre los elementos.

El *gachupín* emplea medios avasalladores en la lucha, pero en seguida, en la paz, con el misionero hace lo que recomendaba Quetzalcoatl: se muestra humano. Detrás del hombre de a caballo se halla en potencia toda Europa: la Europa de los monasterios que salvaron la ciencia y la fe; la Europa de los cruzados y de la Reconquista. El caballo, de origen asiático igual que la pólvora, es también el símbolo de toda la cultura del Africa: fruto abigarrado del egipcio y el griego, el cristiano primitivo y el turco guerrero. Junto con el caballo, el *gachupín* trae la rueda y su motor primitivo: la





bestia domesticada. Apenas se establece, el *gachupín* se organiza según los sistemas políticos de la civilización: el municipio que hace a un lado la fuerza para la convivencia y la sustituye con la elección entre pares que engendra la autoridad.

El poder fundado en el mandato de los mandatos. De inmediato se propaga el ejemplo: los esclavos se insurgen. En Zempoala, un reino tributario, levanta la espalda doblada y se suma al invasor, que es también el libertador. La justicia social inicia su marcha. En la meseta, en la cruel y orgullosa Tenochtitlán, los verdugos tiemblan. Pero son poderosos, están acostumbrados a dominar y no cederán fácilmente. El gran Imperio abarca del Valle de México a Tlaxcala hacia el Sur y los zapotecas de Oaxaca, todos tributarios de Moctezuma.

Tlaxcala resuelve pelear y es vencida. El *gachupín* vencedor no acostumbra exterminar al enemigo. Al contrario, lo convence de que una nueva etapa histórica está comenzando y le ofrece participación en la cruzada de la libertad. Leal a sus tratos, porque es hombre de conciencia, para cuando llega la hora de asaltar el poderío azteca ya son más de cien mil los indios que luchan a su lado para destruir la opresión en el Continente Nuevo.

Se enseñorean los *gachupines* del país y quizás muchas tribus sienten que es poco lo que han ganado al cambiar de amo. El español no se limita a imponer tributos, porque trabaja y obliga a trabajar. Se apodera de la vida toda de cada habitante, señalándole obligación, hora por hora, según los deberes del civilizado y así comienza el tránsito de la barbarie primitiva al coloniaje espléndido. Todo se va transformando, el campo y las minas y las ciudades. Una disciplina férrea, pero también hermosa porque su meta es la paz y el mejoramiento público, empieza a crear naciones por todo lo que hoy es la América Española y más allá, hasta las Californias y Alaska.

Naciones y tribus que bajo el régimen de la guerra perpetua jamás habían levantado cabeza, ahora en la paz laboran y producen, mejoran su economía y aprenden el secreto de la sonrisa. Una profunda revolución se consume. La barbarie de los sacrificios humanos ha sido reemplazada con los cánticos de la misión que reza y trabaja. Las brutalidades de las conquistas alternativas encuentran freno en las Leyes de Indias, inspiradas en la piedad cristiana más auténtica. Y por primera vez, la dulzura de las costumbres que predicara Quetzalcoatl se abre paso y se establece. En unas cuantas décadas se ha dado un salto en la técnica y también en la moral, en las instituciones y en el espíritu.

¿La obra final? Veinte naciones, desde Alaska hasta la Patagonia, con provincias en Oceanía, como las Marianas y las Filipinas. Porque la obra del *gachupín* se ha extendido por los Continentes, creando la mejor epopeya que han visto los siglos. De su grandeza queda un testimonio geográfico. La lengua del *gachupín* cubre el mapa de la tierra con la gloria de sus nombres. ¿Qué Historia podrá ignorar al *gachupín* si por más de tres siglos él hizo la Historia?

Sobre los más distantes rincones del Globo ha quedado impresa la huella de sus manos creadoras y el recuerdo de sus almas heroicas. Aldous Huxley, el viajero de genio de estas décadas recientes, recorre una parte de nuestro territorio. (Beyond The Mexique Bay) y se sorprende de la obra española patente en Honduras y Guatemala. A nuestro país llega por un puerto de la costa oaxaqueña, quizás Puerto Angel. Un caserío calcinado por el fuego, acosado por los mosquitos, minado por la malaria.

No hay actividad sino en las tabernas sórdidas, donde unos cuantos que disponen de dinero se dedican al alcoholismo. A causa de las visiones innobles que produce el mezcal está a punto de ocurrir un asesinato. Huxley escapa de la taberna, pero alguien lo invita a visitar un ingenio próximo; describe entonces la travesía penosa por un camino malo, en que todos se fatigan, pero a la cabeza del grupo va un español enjuto y alto, de nariz aguileña. Avanza descansado, parece que contra él nada pueden el calor ni las plagas, y eso que la tez amarillenta revela que ya lo tiene invadido el mal palúdico. Así y todo, se mueve y en seguida se advierte que es el jefe de hecho de la comarca desolada. No lo han rendido los elementos: sigue creando y actuando ajeno a la pereza y al vicio. En otro libro suyo y después de un salto a través del Océano, Aldous Huxley vuelve a encontrar en las Filipinas el sello romano de eternidad llevado allá por los españoles. Por debajo del cambio aparatoso de los rascacielos de Manila, subsiste, según Aldous, la costumbre noble del hispano, el temperamento perdurable en la lealtad y la confianza en el destino. Medio siglo de ocupación anglosajona no ha logrado extirpar el sentimiento hispánico del pueblo.

Cierto que en cada una de las naciones ocupadas o creadas por españoles ha quedado como testimonio de resentimientos menores algún apodo equivalente del *gachupín* que entre nosotros se usa: *godos*, en Colombia; *gallegos*, en la Argentina y Cuba, al que en vano se ha dado intención peyorativa. En vano, porque a la postre se imponen la admiración y el afecto sobre el recuerdo de cualquier fricción desagradable. Aspera es para todos, pero especialmente para el bárbaro, la disciplina del trabajo. Contra ella se rebela nuestra indolencia. Todavía hoy, en muchas regiones del trópico, el nativo prefiere mantenerse en su pobreza, a emprender el esfuerzo con que el blanco se afana noche y día y parece insaciable. Pero los indios vie-

ron también que si ellos eran obligados a trabajar, el nuevo amô, hombro con hombro, también se apegaba a la tarea.

Y es que, querámoslo o no, con el *gachupín* estamos ligados por la fuerte atadura del destino común. Leales a Méjico, a nuestro lado se han sacrificado cuando ha sido menester defenderlo. Buena prueba de ello es el hecho de que a menudo el español que habita entre nosotros, es el blanco preferido de los que pretenden robarnos el alma después de haber dominado nuestra economía. Asimismo, en cada uno de esos episodios de nuestra historia independiente, en que nos hemos visto obligados a hacer respetar con las armas lo que resta de nuestro patrimonio, constantemente ha sido el *gachupín* el primero en poner su hombro al lado del nuestro, cayendo con el heroísmo desesperado del que se adhiere a causas perdidas, pero justas. Nunca he cultivado la erudición histórica, pero el azar de alguna lectura me dió a conocer la pelea que hubo de sustentarse para salvar el Puerto de Guaymas de una peligrosa incursión filibustera, por el final del siglo XIX. Aquel relato hace notar el brío con que pelearon, junto a los mexicanos, los dos o tres *gachupines* que había en el puerto.

Los descendientes de los españoles de la Colonia, en California, ajenos al mote de *gachupín*, porque por allá no había indios, se portaron, sin embargo, como *gachupines* en la defensa heroica que hicieron de aquellos territorios en la guerra del 47. A tal punto que sus hazañas han creado toda una literatura en el habla inglesa. A todos se les tiene por *spanish* y se les muestra estimación irrestricta. Eran gentes que, abandonadas por nosotros, no tenían la menor esperanza de vencer y, sin embargo, lejos de rendirse a discreción, pelearon hasta lograr, aun en la derrota, trato de iguales frente al vencedor. Gracias a la bravura de aquellos hispanomexicanos, el nombre mexicano todavía goza en California de un aprecio que, por desgracia, no se extiende a otras regiones del país vecino.

Una ostensible decadencia se advierte, en cambio, en todas aquellas ciudades y puertos del territorio mejicano, que han perdido su población española para reemplazarla con emigrados inasimilables. Recuerdo mis viajes por el interior del país y por algunas naciones de Centroamérica: el refugio y el ejemplo en cada aldea solía hallarse en la tienda del *gachupín*. En ella encontraba el viajero, en vez del mezcal perverso o de la cerveza plebeya, el vino tinto importado.

Allí también, con la buena conversación y el trato franco y sincero, los enlatados de Europa, ostras, atunes y sardinas, preparados en buen aceite de oliva. Era aquel islote de la rancia tradición del buen comer que guarda la salud y satisface el gusto. A diferencia del comercialismo seco con que hoy se expenden los enlatados llenos de salmueras, que podrán pasar como alimento, pero degradan el apetito. En una infinidad de aspectos todavía más importantes, resulta patente el efecto desintegrante de la política «tenebrosa» que ha dirigido las purgas sucesivas de *gachupines*, quizás menos rudas que las purgas rusas, pero no menos efectivas en su propósito de extirpar lo español en el Nuevo Mundo.

Nadie es capaz de develar el futuro. Es muy probable que, mantenida, como lo ha sido, con notoria insuficiencia por la capa cada día más tenue de la población criolla, combatida cada vez con mayor crudeza dentro de lo que debiera ser su baluarte o sea la población mestiza, la influencia española llegue a extinguirse totalmente de nuestro suelo. Nos quedaremos entonces, se quedarán nuestros hijos, de parias del espíritu, como ya en gran parte lo son de la economía. Sin embargo, es alentador reflexionar en el ejemplo de adaptabilidad constructiva que en los últimos decenios ha dado el español radicado en nuestra patria.

Arrojado del campo por un encono ciego que no supo distinguir entre el que creaba riqueza con su tenacidad y el que sólo la explotaba sin sentido de justicia, el español que no fué expulsado del país se refugió en la industria. En el nuevo campo de competencia y de lucha y a pesar de las enormes desventajas políticas y técnicas que actuaban en su contra, pronto el español ha logrado situación de primacía en industrias como la siderúrgica, que es básica en la economía de nuestro tiempo. No fué antes un azar, sino fruto de capacidades de primera, el hecho de que la industria española del Nuevo Mundo aleccionase a Europa en el uso y beneficio de metales como la plata que por tanto tiempo fué factor decisivo de nuestra economía mexicana. Quien supo dirigir el mercado mundial de la plata, fácilmente tenía que acomodarse a las exigencias de la producción metalífera moderna. De modo semejante aquel calumniado *gachupín* de los abarrotos y de la hacienda, que se suponía bueno apenas para la usura, vence ahora como técnico en la minería y en la electricidad. De nuestros viejos sistemas agrarios nefastos, no fué el español el creador. Es de justicia recordar a este respecto, que bueno o malo el ejido es una institución peninsular; pero en todo caso, el mismo *gachupín* que nos ayudó a hacer producir la tierra, es ahora el sostén de una industria que en los textiles y la ferretería, rescata para los mejicanos, que son sus hijos, un sector importante de la riqueza nacional.

Hace apenas unos cuantos lustros, un escritor célebre a quien no quiero recordar por su nombre—que en muchos aspectos es respetable—, cayó en un error de trascendencia cuando deseoso de halagar al poincentismo triunfante, aceptó, si no es que estableció, la distinción, que sería oprobiosa sino fuese totalmente injustificada y contraria



a toda realidad, entre el *gachupín* que vive entre nosotros y el español peninsular que sólo nos visita. Procedió aquel sujeto, y esto me consta, completamente ajeno al deseo de lucro, pero llevado de los prejuicios sombríos que después hicieron tanto daño a la España Republicana; el prejuicio de hallar mala toda influencia latina y bueno todo lo que mostrara antecedente en la Reforma protestante que se suponía era la causa de la prosperidad de los anglosajones.

A este mismo triste mentor secundario del republicanismo, le oí opinar en Madrid, cuando las disputas sobre la remoción que se hacía del Crucifijo en las escuelas, para quedar bien con algunas de las pandillas internacionales que invadían el viejo solar español: en lo del Crucifijo, adoctrinaba (por la Castellana) el célebre varón de las barbas largas, «se podría transigir porque también lo usan los protestantes». Es decir, que para defender un principio esencial de la cultura ibérica, de la cultura de Occidente, no le bastaba con la gloriosa tradición cultural de su patria española, sino que buscaba excusas en lo sajonzante, en lo extranjero. Sin embargo, en el fondo no hacía sino repetir la inconsciente posición de renegado que aquí adoptara al pretender que amásemos a los españoles de la Península—particularmente, sin duda, a los que también renegaban de España—, pero a condición de que condenásemos al *gachupín*, el español de aquí, al cual debemos no sólo la Colonia que forjó nuestras nacionalidades, sino también la colaboración que por más de un siglo ha estado prestando para elevar a las alturas de la civilización a los veinte pueblos hispanos del Continente Nuevo. Por otra parte, no quiso darse cuenta—el aprendiz de revolucionario que fué el gran literato—, que al denigrar al *gachupín*, en realidad ofendía a la mitad, por lo menos, de los mejicanos que llevamos sangre precisamente de *gachupín*, y aun a aquellos otros mejicanos que sin antecesores *gachupines* de sangre, es del *gachupín* de quien han recibido las costumbres y la lengua, los ejemplos que le dan ciudadanía en el vasto reino de la cultura occidental.

Tampoco quiso ver el aludido personaje que si bien determinados partidos políticos, a falta de doctrina eficaz, han propagado el odio al *gachupín*, como instrumento de demagogia, en el fondo de todo mejicano sigue vivo el sentimiento de atracción hacia la corriente racial que nos ha formado, así lo comprueban casos tan notorios como el de Juárez, que después de casar—no con india sino con mestiza casi blanca—, a sus hijas las desposó con españoles (cubanos, que es lo mismo); o de Porfirio Díaz, que se ufanaba de ser hijo de español y se rodeó en su gobierno de *gachupines*. Y entre la generalidad de criollos y mestizos, ¿quién es aquel que no cuenta entre sus genealogías alguno que estuvo detrás del mostrador en calidad de

gachupín, aparentemente menospreciado a menudo y en realidad admirado en secreto y estimado siempre por una población que, a pesar de todo, siente al *gachupín* como parte de su carne y aliado a su destino?

El corazón humano es un raro compuesto de bien y de mal, de iniquidad y de nobleza; para conocerlo en sus apetencias profundas es menester observarlo, no tanto en sus actividades obligadas—trabajo y deber—, sino en la manera y prácticas como se divierte y goza. Es en la búsqueda de la alegría, y de lo que agrada y complace o provoca admiración de cariño, donde el hombre se manifiesta con la sinceridad de su sentir, en la hondura de su peculiaridad.

En la fiesta conócense y caracterízanse hombres y pueblos, mejor que en la tragedia o el afán. Según este criterio del goce, fácil es descubrir que el mejicano medio, igual que sus representantes superiores, ama y goza como español. Y si no, reflexiónese: ¿qué es lo que, por lo general, preferimos? Pancho Villa, después de saquear a los *gachupines* ricos de Torreón, a la hora de su recreo pedía baile con acompañamiento de castañuelas y lujo de mantones sevillanos. Los revolucionarios que llegaban a la capital, ansiosos de placeres y acaso después de haber maltratado al *gachupín* encargado de la hacienda, ¿adónde se dirigían? Al teatro ligero en que aparecía la Conesa, la danzarina que a todos deleitaba con su gracia y su buen humor, con sus picantes cantares y su ademán despreocupado, dichoso.

Rasgo digno de notarse es también que los más enconados *antigachupines* suelen serlo, no los indios, ni siquiera los mestizos, sino los blancos por descendencia directa de españoles y que bajo la influencia inconfesable de la masonería, denigran a sus ancestros, sin darse cuenta quizás de que con ello contribuyen a nuestro debilitamiento. Y al mismo tiempo, difaman lo más sagrado que poseemos, o sea la honra de nuestro pasado.

Olvidemos, pues, la desleal división que en mala hora se pretendió formular, la separación de *gachupines* y de españoles, para rendir tributo de reconocimiento y de admiración al español de todos los rumbos: el de Castilla y el de Andalucía; el de Extremadura o el de Barcelona; el de Argentina o el de Méjico, o el del Perú y de las Filipinas, ya que lo es y contribuye a la cultura común, todo el que se expresa en castellano, ya venga de la Península heroica o del sur del continente, de la Patagonia donde hace falta heroísmo para subsistir. Volviendo a nuestro propio ambiente nacional, baste con recordar que periódicamente largas peregrinaciones de indios acuden a venerar la imagen de la Virgen de los Remedios, la de Cortés, y que todos los mejicanos han convertido a la misma Virgen, o sea la de Guadalupe (la de San Diego), en insignia de la nación.

